

A LA MEMORIA DE DON CARLOS (1894 - 1989)

Dr. Julio G. Campillo Pérez (ADH)

Por conocimientos históricos sabíamos que don Carlos Larrazábal Blanco había nacido en tierra dominicana en el otro siglo, el 24 de abril de 1894, en plena Era Lilisiana. Que sus padres eran de nacionalidad venezolana y que por razones de oposición política se habían acogido a la hospitalidad de nuestro terruño y se llamaban Wolfgang Larrazábal Chipia y Esther Blanco. Que don Carlos había casado el 20 de abril de 1918 con doña Enriqueta Rodríguez Oca, con quien había procreado una distinguida familia.

Pero cuando lo conocimos hace más de veinte años, nos pareció un hombre sin edad determinada, porque era tan cordial, tan afable, tan sencillo, tan acogedor, que nos permitió rápidamente tomar una confianza propia de contemporáneos. Para la concepción de esa idea, no la pudieron evitar ni siquiera sus anécdotas referentes al trato que sostuvo en su niñez con nuestro abuelo materno, Lic. Genaro Pérez, de quien una vez recibió en unión de otro amiguito suyo, el obsequio de veinte y cinco centavos per cápita, para que “compraran dulces”, que debieron ser muchos por su poco costo en cheles y cuartillas.

Por eso apesar de la diferencia de edades, don Carlos me parecía siempre más joven que su calendario personal de fechas, con una memoria prodigiosa capaz de tratar oralmente la ge-



nealogía de cualquier familia dominicana a través de varias generaciones. La única diferencia entre nosotros era que su sapiencia lo imponía como maestro a quien debíamos admirar y respetar como ferviente discípulo. Por eso debemos asegurar que nuestra vocación por la genealogía la iniciaron don Vetilio Alfau Durán y don Alcides García Lluberes, pero también que quien la maduró hasta escribir libros sobre la materia, fue Larrazábal Blanco.

Don Carlos fue farmacéutico, funcionario del departamento de Instrucción Pública, pero más que nada fue un educador consagrado, su más brillante carrera. En una época en que los maestros enseñaban afanosamente a sus discípulos. En una época en que para dirigir un centro de enseñanza, desde el primario hasta el más elevado, había que poseer las dotes propias del profesorado. Era la época en la cual la juventud quería saber y no poseer títulos sin fundamento cultural, que como patentes comerciales, hoy en día, procuran lujosos empleos, ventajas económicas y prominencias engañosas.

La Era de Trujillo hizo que don Carlos buscara sus ancestros venezolanos y hacia 1946, viajó a Caracas para fijar residencia al lado de sus numerosos parientes. Le resultaba imposible soportar más la atmósfera asfixiante de entonces, la cual impedía la difusión de las ideas y la enseñanza con plena libertad. A esas alturas, ya Venezuela había salido de Juan Vicente Gómez, su gran monstruo, y la democracia comenzaba allí a dar su primer paso. Inclusive un sobrino de don Carlos, el contralmirante Wolfgang Larrazábal encabezó el derrocamiento de la última dictadura que sufrió la patria de Bolívar, la de Marcos Pérez Jiménez.

Felizmente una hija de don Carlos, nuestra amiga doña Emilia, quien casó con un primo de nuestros parientes Bircann, se quedó a vivir en tierra dominicana y así pudimos disfrutar de don Carlos por varias temporadas, especialmente cuando él vino a publicar su obra cumbre, “Familias Dominicanas”, cuyos nueve tomos se consideran como la producción genealógica más importante que se ha escrito en nuestro país, en todos los tiempos. Todo un clásico que ha servido y seguirá sirviendo como piedra básica para cualquier investigación en ese campo de la historia familiar dominicana.



Varias veces nos escribimos con don Carlos y hasta lo visitamos en su apartamento en Caracas, hasta que comenzamos a tener noticias de que su salud iba en deterioro. Nosotros pensábamos que podría llegar a ser un viejo centenario y por eso nos hacíamos la ilusión de ir a Caracas a compartir con él semejante alegría. Lamentablemente casi al llegar a los 95 años, cuando apenas faltaba un mes para lograr ese peldaño de la longevidad, se nos fue el 25 de marzo de 1989. Y de ese modo el Instituto Dominicano de Genealogía perdió su primer presidente honorario.

Tanto Venezuela como Santo Domingo, se privaron para siempre de un gran intelectual, un hombre que había escrito varios libros, como *Toponimia*, *Guerra Civil*, *Origen dominicano de varias familias caraqueñas*, y otros, además de numeroso trabajos y artículos que harán perdurar su memoria ilustre a través de la eternidad. Pues se podrán perder hasta sus huesos, su sepulcro, pero jamás la veneración que ha dejado, cual lámpara votiva...que no podrán jamás apagar los vientos de la ingratitud y del olvido! Porque hay hombres, como don Carlos, que no solamente le sobreviven a la carne, sino también al tiempo!

D. Carlos Larrazabal Blanco fue elegido Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia en la sesión efectuada el 31 de Julio de 1938 para ocupar el Sillón B en lugar del fenecido miembro académico Mons. Adolfo A. Nouel Bobadilla. Llegó a desempeñar por varios años el cargo de Tesorero de nuestra Academia. Mas adelante, en 1955, al fijar su residencia permanente en Caracas, Venezuela, fue designado Miembro Supernumerario y su sillón B fue ocupado por el Ing. Emil Boyre de Moya.

